

BancO2: apuesta por el futuro



Llegar, estar, irse, volver... La historia de ellos, como la de tantos en el Oriente, se repite. Alguna vez vinieron hasta San Luis, aquí formaron familia, vieron crecer los hijos, trabajaron, abrieron más trabajaderos. Y en alguna fecha la violencia comenzó a caminar por los cerros y al borde de los ríos y las quebradas, o se escondía un poco detrás de los arbustos, y entonces ella y su esposo se fueron a Granada. “Salir del fuego para llegar al brasero”, dice María Salomé Hoyos y sonríe ahora con algo de ironía. Allá estuvo trabajando como profesora en la zona urbana, mientras su esposo, Humberto Aristizábal, se fue a Medellín a ganarse la vida detrás de una cabrilla, hasta que las aguas se quietaron un poco y pudieron regresar. Al volver, en 2018, la casa, que era grande, de tapia y con amplios corredores, estaba ya casi en el piso; había que cambiar tablones, postes y tejas y sacar animales de las piezas donde durmieron los tres niños. Por fortuna el esposo, aun promediando los 50, tenía muchos arrestos. Los potreros estaban alzados y entonces hubo que empezar a bolear guinche y machete. Ella, jubilada, comenzó a ir a las reuniones de la Junta de Acción comunal. “Había que colaborar y lo hacía con gusto”, dice, y estando por ahí, regresando a su vereda La Estrella o yendo al pueblo a rezar la misa del domingo o a hacer una diligencia en la Alcaldía, la pareja comenzó a oír una palabra rara: BancO2.

Y un día pasaron por La Estrella, rumbo a El Porvenir, unas gentes de Cornare; Humberto supo que iban a hablar con un beneficiario de BancO2 y entonces preguntó si podía también serlo, porque de la finca —hay unos 20 nacimientos— se surte el agua para el acueducto de la vereda. Le explicaron que para ser beneficiario había que tener un buen bosque y entonces él pensó que parte de su finca es un bosque bastante antiguo. Se ha conservado y allá hay, enhiestos, gallinazo, laurel, guacamayo, balso, chaquiro, canelo... Y claro, con esas razones, le dijeron que podría ser prioritario, le mandaron a alguien para verificar requisitos y salieron favorecidos.

Ocurrió en 2019 y, desde entonces, María Salomé y Humberto, con su finca de 20 hectáreas, donde nacen aguas que surten acueductos y otras que van a entregarse, prístinas y prestas, al río Dormilón, son algunos de los casi tres mil beneficiarios de BancO2 en la jurisdicción Cornare.

BancO2 es una palabra, o un término, o una marca, que empieza a repetirse mucho en el Oriente e incluso allende las fronteras nacionales. Hablar hoy de BancO2 es casi hablar de los Priser, de las estufas eficientes o, en algún





momento, de lo que fuera la electrificación o los estanques piscícolas. BancO2 es uno de los referentes de Cornare y su buen nombre se riega entre las voces de tantas gentes.

Es, desde lo oficial, una estrategia para el de pago por servicios ambientales (PSA), que pueden entenderse como una retribución de quienes se lucran de los bosques y de los recursos naturales. Gracias a Cornare, este incentivo económico llega a familias o personas, como Salomé y Humberto, que prestan servicios ambientales, como el cuidado de una cuenca hídrica o de un bosque.

El PSA se hace a través de un banco: BancO2, que es uno como cualquier otro, pero mucho mejor, porque en este no cobran por el uso de una tarjeta ni hay cuotas de manejo ni altos intereses. El objetivo de este no es el rédito ni la usura, sino que lo mueven fines más altruistas: promover la conservación de la biodiversidad de los ecosistemas colombianos y, particularmente, los de la jurisdicción Cornare; fortalecer la consolidación de proyectos productivos y de servicios sostenibles y construir o mantener la confianza entre el sector privado, el público y las comunidades.

Nacimiento: un secuestro

La iniciativa de una autoridad ambiental –Cornare– de pagar por conservar bosques, como en el caso de Salomé y de otras centenas de familias en el Oriente antioqueño, podría tener sus orígenes en el Decreto 900 de 1997, con el que el Gobierno nacional había creado el Incentivo Forestal de Conservación, que buscaba que el Estado reconociera a los campesinos por conservar bosques nativos.

Aquella loable iniciativa no funcionó, debido a que lo pensó para áreas de protección pero entregó su manejo al Ministerio de Agricultura, que tenía un programa parecido para plantaciones, y echó todo en el mismo costal, con lo que terminaron beneficiándose grandes reforestadores que plantaban, pues les pagaban por ambas, pero, como casi siempre, a los campesinos no les llegó el beneficio esperado. “Al pueblo nunca le toca”, hubiera dicho Salom Becerra. Pero en Cornare veían en aquel decreto algo interesante. Luego, en la corporación se creó un incentivo forestal corporativo con el que se les pagaba a los campesinos un dinero por conservar esas áreas, pero solo estuvo dos años. No obstante, la inquietud estuvo siempre sembrada, hasta que en 2013 surge un nuevo decreto del Gobierno que exige a los municipios y a los entes territoriales que el 1% de los ingresos corrientes de la Nación sean para predios de acueductos o por pago para conservarlos.



Todo lo anterior puede ser interesante, y lo es; no obstante, cuando en Cornare se habla del inicio de esta novedosa apuesta, las miradas o recuerdos apuntan hacia Carlos Mario Zuluaga, exdirector de la corporación, y se habla de ella, jocosamente, como de algo que nació en “un teterazo”. Para Zuluaga la historia de BancO2 arrancó, sin embargo, hace unos 25 años, cuando se desempeñaba como alcalde de su natal Granada.

En el año 98 o 99 estuve secuestrado por el ELN en el corregimiento de Aquitania, durante 36 días, y yo hablaba con esos muchachos todo el tiempo y ellos me decían: “aquí solo había yuca o café y teníamos unas pequeñas cantidades de coca para el consumo”, decían, y que los fumigaron, pero que lo que más les dolía era que vivían de la maderita y que Cornare llegaba y se las quitaba... “No es justo”, me decían.

Esa conversación quedaría para siempre grabada en la mente del inquieto Carlos Mario, porque, a pesar de que seguramente los separaban las ideologías, él creía que ellos de algo tenían que vivir, o sobrevivir:

A mí esos muchachos me enseñaron, porque me decían: “Vea, nosotros aquí arriba cuidamos el agua para que abajo genere energía y no nos toca nada”... Eso me sonaría muy de izquierda, pero tenían la razón.

Aquel reproche hacia el Estado y hacia Cornare quedó grabado en su mente.

El apoyo a los campesinos es algo que siempre estuvo en la mente de Zuluaga, quien, al terminar su mandato como alcalde, llegó a Cornare, primero como subdirector administrativo y financiero y luego como director de la corporación.

La semilla sembrada desde su secuestro germinaría, claro. La conversación con esos “muchachos” habría de recordarla de nuevo cuando, ya como director, le contaron de un decomiso de madera que provenía de San Luis y, al averiguar, supo que la dueña ya tenía 10 multas por la misma situación y que no atendía:

Les dije: “no manden al de multas sino a los de educación, a ver qué pueden lograr”, y al regreso los compañeros me contaron que los invitó a su finca: “vea, aquí no hay hombres; a mi esposo me lo mató la guerrilla, y al hijo, los paras; toda esa envaradera que me quitan es el mercado para mis hijos, así que ese bosque lo tumbo todo y hagan lo que quieran que yo sigo. Métanme a la cárcel; si quieren me matan y me quitan el sufrimiento. Esa envaradera me da 150 mil pesos y además tengo que lidiar con culebras... eso es muy duro...”.

En esos días nació un hijo de Carlos Mario y con su esposa había llegado al acuerdo de turnarse por noches para cuidarlo. A eso de las 2 de la mañana el bebé despertó y Carlos Mario se levantó a preparar el tetero. El chico recobró su sueño, pero no así él, quien pasó el resto de la madrugada en vela... Su mente era un barullo de temas pendientes en la corporación, pero también de asuntos familiares...

Y su pueblo natal donde la gente comenzaba a volver... y los chicos guerrilleros hacía más de una década diciendo que Cornare no servía sino para atacar... y las envaraderas de las señoras de San Luis y unos bultos de carbón quitados a otro campesino en Sonsón... Algo hay que hacer...

Cuando despertó, se le ocurrió que a la gente había que pagarle y le surgieron un par de ideas. Al otro día llamó a algunos funcionarios a su oficina.

Les sugerí algo –sigue recordando, tan animado–: les hablé de un banco porque vamos a acumular recursos ambientales, pero no de pobres; paguémosles para que cuiden. No podemos seguir quitando envaradera: averigüemos cuánto ganan con eso y paguemos... La gente decía que con 150 mil o 200 mil vivían. Entonces... a pagarles. Púlanla...

María Berrío, Javier Valencia y Albeiro Lopera fueron los funcionarios que llegaron temprano al despacho del director aquella mañana y coinciden en que así nació una de las criaturas más queridas en Cornare: BancO2.

La propuesta fue trabajada y, con base en ella, en la corporación se montaron en lo del incentivo a la conservación, no solo con recursos propios sino de la Gobernación, de los municipios y de empresas que quisieran sumarse voluntariamente.

Quiso el sino, el azar o la Providencia que coincidieran el decreto y la delegación por parte del Ministerio del Medio Ambiente a Cornare para que EPM hiciera compensación por ampliación de la planta del acueducto de La Fe.

EPM tenía que reforestar tres hectáreas y contaban para ello unos 90 millones de pesos –recuerda alguno–. Apareció entonces una posibilidad: recoger 26 familias cercanas a la cuenca abastecedora de La Fe, vulnerables; las escogimos y les pagamos 52 hectáreas de bosques nativos en conservación durante un año. Y por restauración pasiva, cada una tenía que hacer unas cuatro (cercados) y les entregamos arbolitos, o sea que, en vez de tres, conservamos y restauramos 26.

Un negociazo, un gana-gana. A los campesinos les entregaron, a través de la Corporación Masbosques, unos 250 mil pesos mensuales.

Fue el primero. EPM y nosotros y las familias y el Ministerio... todos felices.

Con propuesta en mano, algo de experiencia y la credibilidad de Cornare, Carlos Mario Zuluaga comenzó a buscar posibles aliados. Habló con Orlando Uribe, un gerente de zona de Bancolombia.

Le dije que esa plata no entrara a Cornare, para dar confianza. En esos días comenzaba el tema de transferencia virtual y me ayudó. Y fui a EPM y hablé con el gerente Calle: "Juan Esteban, con lo que se gasta abajo, le pagamos a los de arriba", y con Isagen lo mismo: "paguémosle a los de calderas para que se vuelvan guardianes del bosque"... y Sumicol... Eso se fue como verdolaga en playa, por 200 mil mensuales. Y lo de las multas le empezamos a decir a la gente que iba a tener ese fin, pagando familias para que cuiden, y hasta terminaba pagando con gusto".

Masbosques

Después de que los campesinos o las familias son aceptados, con el liderazgo de Cornare, se hace un acuerdo de voluntades entre ellos y la corporación ambiental Masbosques (hija de Cornare) cuando ya se tienen los recursos y los campesinos reciben los incentivos a través de Bancolombia –aliado estratégico–.

Todo se hace mediante un contrato –explica Jaime García, ingeniero ambiental "formado en Cornare" y director de Masbosques–. Hacemos relacionamiento con las empresas e instituciones que ponen los recursos: los municipios, corporaciones, empresas, y garantizamos la transparencia a través de cuentas fiduciarias.

Podría pensarse que la labor de Masbosques es solo recibir y entregar dinero, pero García explica que el compromiso va más allá.

Nosotros vendemos en cuestión de costo-oportunidad: "señor campesino, ¿usted cuánto se gana produciendo en esa hectárea?", entonces monetizamos y equiparamos ese bosque en función de la actividad económica. Entonces, si la hectárea genera un millón, se le sacan los costos: mano de obra, insumos... y pueden quedar unos 200 mil pesos mensuales. Y entonces, si el bosque produce agua para un acueducto, un embalse, o hay un corredor biológico de alguna especie, entonces ese bosque te va a generar una entrada adicional para mejorar tu vida. Eso se paga en BancO2.





También Óscar Álvarez Gómez, cuando habla de su gestión como director de la corporación, se muestra muy satisfecho, pues cree que desde hace más de 20 años Cornare ha sido pionera en estos temas.

Nosotros empezamos un proyecto interesante, modelo de financiación alternativo para el cuidado de los bosques, y tuvo apoyo de países como Japón, Suiza y USA, y de la Organización Internacional de Maderas Tropicales. Con el Banco Mundial tuvimos apoyo también. De ahí salió una metodología para emitir certificados en el manejo sostenible de bosques. Esto nos llevó a estar de cerca de comunidades que hoy son fruto; de ahí salió también Masbosques, que es público-privado desde 2006, con el liderazgo de la ingeniera forestal Patricia Tobón.

Además, las empresas del Oriente miden su huella de carbono y están compensando a través del pago por servicios ambientales –agrega Álvarez Gómez–. Colombia es rica en microclimas, bosques, flora y fauna y eso debe ser compensado. Desde Cornare y BancO2 se ha liderado bastante.

Javier Parra Bedoya coincide con Óscar Álvarez y se siente tranquilo de que los recursos lleguen a los campesinos:

Carlos Mario trajo y ajustó lo que hicimos desde 2002 para consolidar un manejo sostenible de los bosques, y de ahí nació Masbosques en 2004, el boom de los certificados de disminución de dióxido de carbono. Además, hicimos el primer convenio con Banco Mundial para ellos, y que si no generaron los resultados, se transformó en algo más viable, que es BancO2, y que ha sido ya copiado, incluso, para la zona amazónica.

Para Parra, BancO2 es una forma de construir equidad en el territorio de la jurisdicción:

Pongamos como ejemplo: yo soy el campesino, vivo arriba y Cornare no me deja explotar el bosque de donde sale el agua, y abajo van a aprovechar el agua con una PCH... es una situación desigual, desequilibrada. No es posible admitir que un negocio sea sostenible en un entorno que no sea sostenible. No puede generar riqueza a costa de ver pobreza en el entorno.

Y BancO2 –puntualiza– ha ayudado a mostrar ese desequilibrio, pero el Gobierno debe ayudarle más al campesino, brindando normativa pero también recursos fuertes.

Lo dice tan convencido que a quienes más se lo repite es a los empresarios. Y ellos le creen. Y le apuestan.



Algo más que un logo

Desde el año 2019, doña Salomé y su esposo Humberto reciben 250 mil pesos por cuidar el monte de su finca.

“Cuando miramos el montecito, pensamos antes en cultivarlo más. Pasa gente a decirme que si les arrendo para tumbar y me dicen egoísta, que porque les digo que no”, complementa don Humberto y el tono de su voz, que es bajo, cobra un poco de energía, pues es de esos campesinos que llevan la tierra enterrada en el alma y tienen con ella una relación que va más allá de las lógicas del lucro. Él tiene otras ganancias.

He visto chamón, mico tití, puma, guagua, armadillo, muchas culebras que no había visto antes... creo que hasta una víbora rosada. Aves muy poquitas encontramos. Después de que fui abriendo y empecé a cultivar, volvieron, como si uno les hiciera falta.

Y agrega que al menos ellos tienen cultivos de plátano, huerta con tomate y cebolla, una pensión, pero piensan en otros campesinos que sí lo necesitan para vivir. “El incentivo anima a conservar, debería ampliarse”, dice, o clama.

“Y seguro va a continuar”, dicen en Cornare y evocan un predio en Sonsón que cuida don Aldemar Orozco y ya es certificado por ICONTEC. Y continuará, claro, porque la Ordenanza 49 de 2016 lo consagra ya como política pública de Antioquia, el gobierno de Luis Pérez —que fue aliado— lo mostró como uno de sus “casos exitosos” en la gestión ambiental de su mandato y también es Ley de la República. Por si fuera poco, el Banco Interamericano de Desarrollo hizo reconocimiento a BancO2 y en 2018 fue reconocido con el premio El Colombiano Ejemplar¹⁷. Además, otras corporaciones ambientales piden asesoría para montarlo en sus regiones e incluso en la cuenca alta del río Amazonas, en Perú, lo copiaron para entregar incentivos a los indígenas.

Hay tantas anécdotas y tantas experiencias interesantes sobre BancO2 como empresarios y campesinos satisfechos con este proyecto, que a lo mejor den para el segundo tomo de estas memorias; pero lo que más resalta Carlos Mario Zuluaga es que el sector productivo haya entendido el mensaje y más de 230 empresas atendieran el llamado y paguen por esos servicios ambientales. En su mente hay guardada una experiencia en El Santuario, cuando, con la presencia del ministro de Medio Ambiente, se encontraron el presidente de la empresa Arclad y Rosita, una beneficiaria de BancO2.

¹⁷ EL COLOMBIANO EJEMPLAR. Un banco que oxigena el planeta. Disponible en: <https://elcolombianoejemplar.com/banco2-el-colombiano-ejemplar/>





El ministro Vallejo le preguntó a Rosita si ella sabía quién pagaba para que ella conservara su bosque y contestó que “alguien de arclass”. Y el ministro le dijo: “vea, ¡es él!”. Y entonces se abrazaron como en las novelas y ambos lloraban.

Carlos Mario trata de resumir a BancO2 y se le ocurre que lo más interesante es reconectar al empresario que solo sabe de norma y al campesino que cuida por gusto.

Digo que BancO2 es... es... un teterazo.

Pero no, es una nevera –dice de nuevo con su tono cálido y didáctico al tiempo–, porque permite ahorrar y montar una pequeña economía familiar. En Alejandría, por ejemplo, BancO2 fue un computador portátil que logró comprar una familia para su hija estudiante... BancO2 es cúmulo de historias.

A lo mejor tenga razón: fue un *teterazo* que comenzó a agitarse o a prepararse, paradójicamente, en un secuestro. Y ese es su pasado.

Ahora, sobre su futuro no hay dudas: será un proyecto que seguirá fortaleciéndose, porque el futuro de BancO2 es, sin duda alguna, el futuro mismo de la región, y eso, al parecer, ya tantos lo han y lo hemos entendido.

